

LIBRO DEL PEREGRINO

UNIV

2 0 2 6



UNIV INSPIRE

La Ciudad Eterna y UNIV Inspire te dan la bienvenida con los brazos abiertos.

Esta guía te ayudará a aprovechar al máximo estos días en Roma.



01 KIT DEL PEREGRINO

02 PARA REZAR

03 TRAS LAS HUELLAS DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

Para facilitar el uso de esta libreta, muchos iconos son hipervínculos. (En la portada si seleccionas el 2026 te lleva la página del calendario)

KIT DEL PEREGRINO

CALENDARIO Y
UBICACIONES

UNIV

CONSTRUIR
PUENTES, EL
ARTE DEL
DIÁLOGO

UNIV
LAB

ABC DEL
PEREGRINO





01 KIT DEL PEREGRINO

CALENDARIO - 2026 - SCHEDULE

29 DOMINGO	30 LUNES	31 MARTES	1 MIÉRCOLES
10.00h Domingo de Ramos en San Pedro Palm Sunday at Saint Peter's			10.00h Audiencia con el Papa Audience with the Pope
	Opening 15.30h 17.00h Tertulia de San Rafael con el Padre Saint Raphael get-together with the Father Closing hour 19.00h	Opening 15.30h 17.00h Conferencia UNIV Lab UNIV Lab Keynote APERICENA 19.30h-21.00h UNIV FEST Closing hour 21.30h	Check-in from 12.00h 14.00h-18.15h Workshops UNIV Lab/ UNIV Lab workshops Closing hour 19.00h
2 JUEVES	3 VIERNES	4 SÁBADO	5 DOMINGO
			Bendición Urbi et Orbe (San Pedro) Urbe et Orbe Blessing (St. Peter's Square)
Oficios Mass of the Lord's Supper	Oficios Good Friday Liturgy 21.15h Via Crucis (Colosseo)	Vigilia Pascual Easter Vigil	

UBICACIONES

Eventos en /activities in **SMP**
Santa María de la Paz

Eventos en /activities in **Villa**
Balestra (VB)

Eventos en /activities in **PUSC**
(Univ. Santa Croce)



RENUEVA LA MIRADA & DÉJATE CONQUISTAR



El UNIV es un encuentro internacional de jóvenes universitarias que buscan profundizar en su fe, en su vida y llenar de sentido su trabajo.

Como parte del UNIV Inspire, tendrás la oportunidad de escuchar a expertos y unirte a foros de resolución de problemas, así como asistir a las ceremonias del Triduo Pascual y participar en encuentros con el Papa y con el Prelado del Opus Dei.



UNIV
LAB



SEMANA
SANTA



UNIV
FEST



RIQUEZA
CULTURAL

Construir puentes: el arte del diálogo



“No olvidéis que, si hay cosas que desunen, también hay siempre cosas que unen, que pueden facilitar el trato respetuoso, amigable, leal.”

- San Josemaría Escrivá

La violencia política va en aumento. La guerra abunda. Nuestra cultura virtual y tecnológica hace cada vez más difícil encontrar espacios de encuentro real. La soledad, la ansiedad y las relaciones fracturadas son el resultado. Al analizar estas distintas crisis, llegamos al mismo diagnóstico: las personas han dejado de hablar entre sí. ¿Cómo cambiaría nuestro mundo si volviéramos a aprender a dialogar?

La palabra “diálogo” tiene raíces griegas. Literalmente significa “a través de la palabra”, pero para los antiguos griegos tenía un significado de gran profundidad. Al contemplar el mundo, notaban una lógica o logos que parecía ordenar toda la realidad. Creían que precisamente gracias a ese orden la realidad les resultaba inteligible. Una persona que pretendía explicar la realidad hablaba con logos si era fiel a esta lógica inscrita: su discurso era “racional”. El verdadero dia-logos, por tanto, no se logra solo mediante el habla, sino también mediante la razón y la realidad. Para los griegos, esta discusión orientada hacia la realidad era la clave para el crecimiento intelectual.

¡DÉJATE INSPIRAR!

Por la universalidad,
el amor y la belleza



Los puentes no se sostienen sobre terreno fluido: requieren cimientos. De igual modo, el diálogo requiere convicciones. La filosofía y la psicología nos ayudan a comprender el porqué y el cómo de nuestras convicciones y, por tanto, de nuestro diálogo. La naturaleza humana es racional y relacional, pero también falible y libre. Nuestra capacidad para conocer la verdad es mucho mayor cuando conversamos las cosas. Psicológicamente, esto requiere apertura, pero también firmeza. Las convicciones personales deben estar abiertas a la realidad, no encerradas en sí mismas.

Una persona que forma sus convicciones en la búsqueda de la verdad mantiene una sana curiosidad, una disposición a ajustar su postura si alguien le presenta una perspectiva que no había visto antes. En lugar de cerrarse, su compromiso con la verdad es precisamente lo que la abre a los demás en el diálogo.

Si el diálogo es un puente, la amistad es su contrafuerte. La amistad es diálogo en el nivel relacional. Movida por el amor, un amigo se interesa, escucha, trata de comprender, habla, afronta los conflictos y sabe rectificar. Nuestros tiempos claman desesperadamente por este tipo de compromiso con la conexión, con la relacionalidad encarnada. Solo al abrirnos al otro nos acercamos a la verdad, sobre el mundo e incluso sobre nosotros mismos.

Los puentes se construyen con muchos tipos de materiales. Y el diálogo a nivel social adopta muchas formas: debate libre y vigoroso, compromiso con principios fundamentales, disposición al compromiso... El objetivo es el bien común. Pero solo escuchando a todos los miembros de nuestras comunidades podemos promover un bien que sea verdaderamente común. Si queremos palabras en lugar de armas y pluralidad en lugar de polarización, debemos comprometernos con el diálogo social, ya sea en la política o en nuestras instituciones.

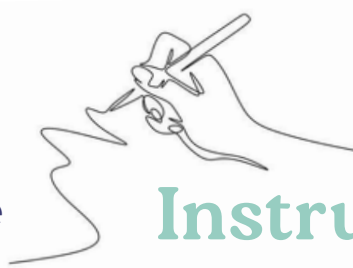


**¡Y REGRESA
A INSPIRAR!**

UNIV



UNIV Inspire tiene en el centro de sus intereses el trabajo como lugar de crecimiento y realización personal; pero fundamentalmente como instrumento para servir a los demás y a la sociedad.



**Instrumento
para servir**



El UNIV Lab es un espacio de encuentro, reflexión y trabajo. El objetivo es compartir con jóvenes y expertos de los 5 continentes inquietudes y respuestas a los diferentes retos que nos plantea la cultura actual, relacionados con el tema del UNIV de este año:

“Construyamos puentes juntos y redescubramos el arte del diálogo”

MODALIDADES DE PARTICIPACIÓN:

OYENTE
Asistencia a la conferencia

PARTICIPANTE
Asistencia a la conferencia
+ Implicación en dos de los grupos de trabajo



Juana Acosta



Hope Kean

Masterclass



Ilaria Vigorelli



Caitlin West

Para más información de las expertas aprieta "Masterclass"



Trabajo con expertos

Trabajo conjunto de reflexión y diálogo en diferentes áreas sobre el tema del UNIV Lab, a través de diferentes dinámicas en grupos internacionales e interdisciplinarios, de 40-50 personas, **liderados por expertos en cada ámbito.**



María Candela

Josemaría Escrivá y el Diálogo Hoy



Gretta Sánchez Alvarado

Diálogo y Escucha



Reyes Rite

Resiliencia y Diálogo



María Ángeles Chesa

Diálogo en la Universidad según John Henry Newman



María José Murcia

Diálogo Social y Económico



Maricruz Linares

Diálogo Interno: de la Negación a la Aceptación



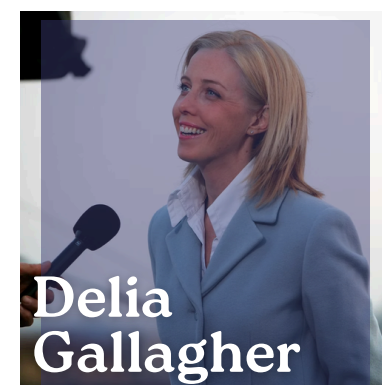
Marcela Durán

Discurso Político y Redes Sociales



Victoria Gathogo

Dialogue in the Workforce



Delia Gallagher

Communication and Dialogue



Mary Jo White

Josemaría Escrivá and Dialogue Today



Ilaria Vigorelli

Philosophy and Dialogue



Caitlin West

Dialogue Through Theatre & Podcasts



Politics - Dialogue in Deep Conflict



Neuroscience - Brain Science of Dialogue

Y TENEMOS ALGO NUEVO POR 2026



El UNIVLab Podcast

Lleva la experiencia UNIV más allá de Roma con nuestra formación continua en audio.



¿Has sacado alguna foto? ¡Queremos verla!



¡Súbelas aquí!

KIT DEL PEREGRINO

ABC DEL PEREGRINO

Estar **ABIERTO**: dar, escuchar, rezar, ayudar, cambiar y ser mejor, conocer gente y, sobre todo, conectar con Jesucristo.

• **APUNTAR** notas: ideas, inspiraciones, preguntas, cosas para recordar.

• En el **ALOJAMIENTO**: recuerda que las demás peregrinas también necesitan dormir bien para estar preparadas para los días que vienen.

• Y si quieres, ¡**AYUDA** al Papa con tu donación!



• **BEBE** agua: debes mantenerte hidratada, caminar kilómetros y kilómetros en Roma puede cansar mucho. Por suerte, todas las fuentes de agua en la calle tienen agua potable.

• **BUEN** calzado. Créeme, lo necesitarás. ¡La comodidad ante todo!

• Y... ¿**BAILA** un poco? Disfruta de la convivencia, de tus amigas, ¡de la vida! Y cuando el veas que el estado de ánimo en tu grupo decae un poco, tú puedes dar un pequeño impulso hacia arriba.

KIT DEL PEREGRINO

• **COMIDA.** Tips para encontrar comida en Roma: 'Zomato' es un app gratis y bien informada y las recomendaciones de Google son muy acertadas.

• **¿CANSADA?** Descansa y recupera fuerzas en los 'Lugares de apoyo':

- Centro Internazionale Rocca Romana:
Viale Romania, 5
- Arcogrande: Viale delle Belle Arti, 6
- ICEF: Viale delle Belle Arti, 10

• **COMUNÍCATE** en Italiano: Mientras estés en Roma, prueba algunas frases italianas básicas:

- Ciao - Hola y adiós
- Grazie mille - Muchas gracias
- Vorrei una pizza per favore! - Quisiera una pizza, por favor
- Potresti farci una foto? - ¿Podrías hacernos una foto?
- Dove c'è un bagno? - ¿Dónde hay un baño?



MUST DO'S

Prueba el helado de pistacho o.. ¡Nutella!

Mira al Papa

Habla con el Padre

Ve el atardecer desde el mirador del Pincio

Comparte una pizza Margherita

Tira una moneda a la Fontana de Trevi

Escribe una carta al Papa y métela en el buzón del Vaticano

Dibuja entre los artistas de la Piazza Navona

Pon la mano en la "Boca de la Verdad"

Envía una postal

Asómate por el ojo de la cerradura de los Caballeros de Malta

Pasea por el barrio Trastevere

Reza ante la tumba de Juan Pablo II y de Benedicto XVI

Y sobre todo, ¡vive una Semana Santa en las calles de los primeros cristianos!



02 PARA REZAR

PARA REZAR

ENTRAR
EN EL
EVANGELIO

OFICIOS
SEMANA
SANTA

YOUTH
WEB

ACCIÓN DE
GRACIAS

EXAMEN DE
CONCIENCIA

PARA DESPUÉS
DE LA
CONFENSIÓN



LUNES SANTO

«SEIS DÍAS antes de la Pascua, marchó a Betania (...). Allí le prepararon una cena» (Jn 12,1-2). En aquel hogar Jesucristo se encuentra entre sus amigos, rodeado de cariño. Ha estado muchas veces en Betania, pero ahora el momento es más solemne: sabe que se dirige hacia Jerusalén, sabe que allí le espera la cruz. «Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban a la mesa con él. María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos» (Jn 12,2-3).

Es ya conocido que las autoridades del pueblo persiguen a Jesucristo. Y el amor hace presentir a María el drama que se avecina. En esas circunstancias, desea hacer algo especial por su Señor, manifestarle su amor, así que lleva a cabo con determinación un generoso gesto: toma lo más valioso que posee, un caro perfume de nardo puro, y lo vierte en los pies de Jesús. Rompe el frasco: todo es para su Dios. Algunos de los presentes, irritados, comentan la inutilidad de ese gesto. Sabemos que Judas Iscariote se suma también a ese murmullo crítico, pero no porque le importara otro posible destino de esos bienes, sino porque esa actitud tal vez contrasta con su vida. María, sin embargo, calla. Poco le importan las críticas y comentarios ante su actuación: basta con que Jesús esté contento. Y por eso el Señor sale en su defensa.

«María ofrece a Jesús cuanto tiene de mayor valor y lo hace con un gesto de profunda devoción. El amor no calcula, no mide, no repara en gastos, no pone barreras, sino que sabe donar con alegría, busca solo el bien del otro, vence la mezquindad, la cicatería, los resentimientos, la cerrazón que el hombre lleva a veces en su corazón»[1]. Judas se unió a aquellos comentarios porque tal vez calculaba en donde no se debe calcular: en nuestra entrega a Dios. María, por su parte, había comprendido que su corazón solo se vería colmado plenamente si entregaba todo, aunque fuera poco, a Jesús. «Tan solo una libra de nardo fue capaz de impregnarlo todo y dejar una huella inconfundible»[2].

QUIEN ENTREGA todo a Dios se convierte en don también para el prójimo. Por el contrario, quien realiza muchos cálculos de frente a la llamada de Cristo, acaba regateando también a los demás. Cuando decimos que sí al Señor, llevamos a los demás «el buen olor de Cristo» (2 Cor 2,15) y ellos pueden sentirse queridos con un amor de predilección. Como sucedió en Betania, podríamos decir que «la casa se llenó de la fragancia del perfume» (Jn 12,3). Por eso, nuestra vida, empujada y guiada por la fuerza de Dios, puede llenar de fragancia el mundo. A estos tres hermanos de Betania, cuya memoria celebramos cada 29 de julio, les pedimos que sepamos llenar nuestra vida y la de nuestras familias y amigos con la fragancia de su casa.

Hoy en Betania se anuncia también la muerte de Cristo. ¡Saldrá de allí tanta vida –clara, hermosa, fuerte– para todos! El Señor nos invita a permanecer con él. El evangelio nos dice que «los príncipes de los sacerdotes decidieron dar muerte

también a Lázaro» (Jn 12,10). Jesús nos pide que le acompañemos como se lo pidió a Lázaro, porque «si nuestra voluntad no está dispuesta a morir según la Pasión de Cristo, tampoco la vida de Cristo será vida en nosotros»[3]. Pero no debemos esperar ocasiones extraordinarias para manifestar a Jesucristo nuestro amor: cada uno de nuestros días es una oportunidad nueva para servirle, para ofrecerle nuestra vida y emplearla generosamente en su servicio, para seguirle con fidelidad a lo largo de su camino por la tierra.

Lo que tengamos entre manos serán casi siempre cosas pequeñas, cosas de niño, que haremos llegar –para engrandecerlas– de manos de nuestra madre, santa María. «A veces nos sentimos inclinados a hacer pequeñas niñadas. – Son pequeñas obras de maravilla delante de Dios, y, mientras no se introduzca la rutina, serán desde luego esas obra fecundas, como fecundo es siempre el amor»[4]. Dentro de unos días, el olor de aquellas cosas pequeñas habrá desaparecido, pero el gesto de nuestra madre perdurará. Ha quedado grabado a fuego en el corazón de Cristo y ese olor a cariño y a delicadeza le acompañará toda la eternidad.

«¡QUÉ ALEGRÍA al contemplar a Jesús en Betania! ¡Amigo de Lázaro, Marta y María! Allí va a reparar sus fuerzas cuando se ha cansado. Allí tenía Jesús su hogar. Allí hay almas que le aprecian. Hay almas que se acercan al Sagrario y, para ellas, aquello es Betania. ¡Ojalá lo sea para ti! Betania es confianza, calor de hogar, intimidad. Amigos predilectos de Jesús»[5]. Queremos que el sagrario más cercano a nosotros sea un lugar en el que Jesús esté tan a gusto como en Betania. Nos ilusiona que esté lleno de la fragancia de nuestra lucha, tantas veces con más deseos que resultados.

Marta aparece muy discretamente en la escena de este lunes santo. Ella prepara la cena en la que María derramará el perfume en los pies de Jesús. Cuida con cariño de hermana y de madre a sus invitados. También la casa estaría llena del aroma de aquella cena preparada con mucha ilusión; quizá preparó aquello que agradaba especialmente a su Amigo. En estos momentos cercanos a su muerte, para Jesús cualquier detalle es un consuelo. Nuestro trabajo, nuestra sonrisa, nuestra caridad con los que tenemos cerca, son los detalles que él agradece, aquellos que hacen su yugo un poco más suave y su carga más ligera.

Como una prueba más de la infinita caridad de Dios, el Señor se ha quedado realmente en el sagrario para estar cerca de nosotros. Si el amor y la fe impulsaron a María a mostrar tal delicadeza para el Señor ungiendo sus pies en Betania, también el amor y la fe pueden movernos a nosotros a tener mayor devoción a la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. No piensa María que hace una cosa extraordinaria al gastar ese perfume tan valioso para ungir al Señor; actúa con la espontaneidad del amor. Solo Cristo sabe que, dentro de unos días, lavará los pies a sus apóstoles y María se le ha adelantado con aquel gesto. Su intuición femenina ha cautivado al maestro, que aprecia cualquier detalle, por mínimo que sea. Quizá la Virgen María fue testigo de este momento entrañable. Qué consuelo sería para ella, en medio de lo que se avecinaba, saber que Jesús se sentía querido en su hogar.

MARTES SANTO

«¿TÚ DARÁS LA vida por mí? En verdad, en verdad te digo que no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces» (Jn 13,38). El evangelio de la Misa de hoy nos narra el anuncio de las negaciones de san Pedro. En el clima íntimo de la Última Cena, este apóstol se sorprende de que Jesús le adelante su traición. No sale de su asombro. No comprende cómo eso podría suceder. Pedro desea ser fiel hasta la muerte, no quiere que su maestro sea entregado a sus enemigos para ser crucificado. Ya fue reprendido por esa confusión, pero sigue sin poder aceptar ese aparente fracaso. La liturgia nos recuerda que «se acercan los días de su pasión salvadora y de su resurrección gloriosa; en ellos se actualiza su triunfo sobre la soberbia del antiguo enemigo y celebramos el misterio de nuestra redención»[1].

A su modo, san Pedro piensa que está dispuesto a dar la vida por el Señor. De hecho, sacará la espada en el momento del prendimiento de Jesús y se enfrentará a todo un pelotón que viene armado para apresar a su Señor. No le falta valentía ni aprecio por Jesús. Sin embargo, la realidad va a demostrarle que no basta con estas cualidades. Pedro necesita todavía la humildad que proviene del conocimiento propio y, sobre todo, del conocimiento de Dios. Jesús no deja de formar a san

Pedro hasta el último instante. Estas lecciones son las más importantes de su vida: Pedro no va a ser roca por su fortaleza sino por la humildad ganada a base de conocer a Jesús en profundidad. Es preciso que, experimentando la insuficiencia de sus fuerzas, comprenda que es Dios quien le va a sostener.

EL ANUNCIO DE la traición de Pedro aparece en el evangelio de hoy junto con el anuncio de la traición de Judas y nos sirve para notar la gran diferencia entre ambas. Pedro puso su debilidad en manos de Jesús; apartó la vista de sus errores y de sus fuerzas y aprendió a confiar en la bondad de Dios, en sus planes divinos, en sus modos de hacer. Pedro no estaba engañando a Jesús cuando le decía que iba a ser fiel hasta la muerte. Lo que sucedía es que confiaba casi exclusivamente en sus fuerzas: él se veía capaz. Judas, por su parte, no reconoció en ningún momento ante Jesús su traición; siempre trató de guardar las apariencias. A Pedro, al menos cuando estaba con Cristo, las apariencias no le importaban, aunque sí que sucumbió a ellas cuando fue interrogado por una criada en la casa del Sumo Sacerdote.

Para prevenir su desconcierto, podrían haberle servido al pescador de Cafarnaún aquellas palabras de Agustín: «Busca méritos, busca justicia, busca motivos; y a ver si encuentras algo que no sea gracia»[2]. San Pedro pensaba que su amor a Jesús era ya grande, suficiente para soportar cualquier prueba. Le fue más fácil permanecer fiel ante los soldados que ante un enemigo en apariencia más frágil. La criada acabó con la confianza de Pedro en sí mismo.

Era necesaria esa liberación: Pedro descubrió así el camino de su propio abajamiento para poder seguir a Cristo. Liberado de sus fuerzas y de sus deseos, fue capaz de adaptarse a los planes de Dios y ser fiel.

San Bernardo, en este sentido, nos recuerda que es mejor poner atención a lo que Dios está dispuesto a hacer por cada uno, también por Pedro: «No te preguntes, tú, que eres hombre, por lo que has sufrido, sino por lo que sufrió él. Deduce de todo lo que sufrió por ti, en cuánto te tasó, y así su bondad se te hará evidente por su humanidad. Cuanto más pequeño se hizo en su humanidad, tanto más grande se reveló en su bondad; y cuanto más se dejó envilecer por mí, tanto más querido me es ahora»[3].

«MUCHAS VECES pensamos que Dios se basa solo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad (...). El Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con un juicio negativo, mientras que el Espíritu la saca a la luz con ternura. La ternura es el mejor modo para tocar lo que es frágil en nosotros (...). Tener fe en Dios incluye además creer que él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero él tiene siempre una mirada más amplia»[4].

Nos llena de paz saber que Dios desea que confiemos en él y en lo bueno que tenemos, que es también don de Dios. San

Pedro ha ido por delante también en esto para ser un ejemplo para nosotros. Nos llena de serenidad descubrir que podemos apoyarnos en nuestras fuerzas y capacidades –muchas o pocas– porque Dios pondrá el incremento con abundancia. ¡Qué deseos de aprender a no confiar solamente en nuestras aptitudes para la misión que nos ha sido encomendada y que, de algún modo, nos excede! Nos asombra y nos llena de agradecimiento el amor que Dios nos tiene para hacer maravillas con nuestra colaboración.

Santa Teresita del Niño Jesús se refería a la vida de Pedro de la siguiente manera: «Comprendo muy bien que san Pedro cayera. El pobre san Pedro confiaba en sí mismo, en vez de confiar únicamente en la fuerza de Dios (...). Estoy convencida de que si san Pedro hubiese dicho humildemente a Jesús: “Concédeme fuerzas para seguirte hasta la muerte”, las habría obtenido inmediatamente (...). Antes de gobernar a toda la Iglesia, que está llena de pecadores, le convenía experimentar en su propia carne lo poco que puede el hombre sin la ayuda de Dios»[5]. Con este aprendizaje, san Pedro sabrá poner al servicio de la redención sus capacidades –que, aunque prestadas, son un don precioso– y recurrir a su Señor, que todo lo puede. «Por eso –señalaba san Josemaría– cuando con el corazón encendido le decimos al Señor que sí, que le seremos fieles, que estamos dispuestos acualquier sacrificio, le diremos: Jesús, con tu gracia; Madre mía, con tu ayuda. ¡Soy tan frágil, cometo tantos errores, tantas pequeñas equivocaciones, que me veo capaz –si me dejas– de cometerlas grandes!».

MIÉRCOLES SANTO

«UNO DE LOS doce, el que se llamaba Judas Iscariote, fue donde los príncipes de los sacerdotes a decirles: ¿Qué me queréis dar a cambio de que os lo entregue? Ellos le ofrecieron treinta monedas de plata. Desde entonces buscaba la ocasión propicia para entregárselo» (Mt 16, 14-16). Tradicionalmente, el miércoles santo la Iglesia recuerda la traición de Judas. ¡Qué lejanos quedan en el alma de este apóstol, que se apresta a traicionar a Jesús, los primeros encuentros con quien había considerado el Mesías! También Judas Iscariote había sido elegido personalmente por Cristo. Podía haber sido tan feliz como los demás, junto a Jesús, y haberse convertido en una de las columnas de la Iglesia. Sin embargo, opta por vender, a precio de esclavo, a quien todo le daba. Y Dios ha querido que la Sagrada Escritura no silenciara esta realidad.

El trágico desenlace tiene lugar en la Última Cena, cuando Jesús se ve asaltado por la angustia de la cercana pasión y el desgarrón del abandono de las personas amadas. «Cuando estaban cenando, dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar» (Mt 16,21). Los otros once apóstoles, con la experiencia de su rudeza y una gran confianza en las palabras de Cristo, exclaman sorprendidos: «¿Acaso soy yo, Señor? Pero él respondió: –El que moja la mano conmigo en el plato, ése

me va a entregar. Ciertamente el Hijo del Hombre se va, según está escrito sobre él; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado el Hijo del Hombre! Más le valdría a ese hombre no haber nacido. Tomando la palabra Judas, el que iba a entregarlo, dijo: –¿Acaso soy yo, Rabbí? –Tú lo has dicho le respondió» (Mt 16, 22-25).

No sabemos si Judas miró alguna otra vez a los ojos a Jesús. En ellos habría descubierto que no existía rencor ni enfado. Cristo, su amigo, seguía mirándole con la misma ilusión con que lo había llamado unos años antes para que fuera apóstol, para que estuviera con él. «¿Qué podemos hacer ante un Dios que nos sirvió hasta experimentar la traición y el abandono? Podemos no traicionar aquello para lo que hemos sido creados, no abandonar lo que de verdad importa. Estamos en el mundo para amarlo a él y a los demás. El resto pasa, el amor permanece»[1].

LA TRAICIÓN de Judas no fue, sin embargo, locura de un instante, sino que probablemente fue consecuencia de una secuela de desamores. En el evangelio según san Juan encontramos un episodio significativo: las críticas, pocos días antes de la Pascua, por el derroche de María de Betania al ungir con perfume a Jesús. Judas se atreve a criticar indirectamente, con una razón altruista, el comportamiento de esa mujer, pero «esto lo dijo –nos lo señala la Escritura– no porque él se preocupara de los pobres, sino porque era ladrón y, como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella» (Jn 12,6).

Sin embargo, ni esa ofensa, ni ninguna debilidad, son lo suficientemente fuertes como para vencer el pulso a un Dios que llama a cada persona constantemente y que siempre espera nuestro regreso. San Josemaría veía en esa manera de ser de Dios, tan llena de misericordia, nuestra verdadera armadura: «Todos tenemos miserias. Pero las miserias nuestras no nos deberán llevar nunca a desentendernos de la llamada de Dios, sino a acogernos a esa llamada, a meternos dentro de esa bondad divina, como los guerreros antiguos se metían dentro de su armadura»[2].

San Agustín nos recomienda una actitud humilde, de constante petición de frente al Señor, como la mejor manera de encarar esta fragilidad nuestra; refiriéndose concretamente a Judas Iscariote, dice: «Si hubiese orado en nombre de Cristo, habría pedido perdón; si hubiera pedido perdón, habría tenido esperanza; si hubiera tenido esperanza, habría esperado misericordia»[3] y no habría terminado como señala la Escritura (cfr. Mt 27,5). El Señor no quería la perdición de Judas, como no quiere la de nadie. Hasta en el mismo prendimiento trata de hacerle recapacitar, llamándole «amigo» y aceptando el beso del discípulo. Quizá Cristo, incluso estando ya en la cruz, esperaba la vuelta de su apóstol para perdonarlo, como lo hizo con el ladrón arrepentido.

TAMBIÉN PEDRO, en aquella noche de traiciones, niega al Señor tres veces. El que sería fundamento de la Iglesia lloró su pecado con lágrimas de amor; a Judas, por su parte, le faltó la humildad de volver a su Señor para reconocer su pecado. Pedro

mantuvo firme la esperanza, mientras que el Iscariote la perdió, no confió en la misericordia del Señor.

Comentando este pasaje del evangelio, decía san Josemaría: «¡Mirad si es grande la virtud de la esperanza! Judas reconoció la santidad de Cristo, estaba arrepentido del crimen que había cometido, tanto que cogió el dinero, precio de su traición, y lo arrojó a la cara de quienes se lo dieron como premio a su traición. Pero... le faltó la esperanza, que es la virtud necesaria para volver a Dios. Si hubiera tenido esperanza, podría haber sido aún un gran apóstol. De todas maneras no sabemos qué pasó en el corazón de aquel hombre, ni si respondió a la gracia de Dios, en el último momento. Solo el Señor sabe lo que sucedió en aquel corazón, en sus últimos instantes. De modo que no desconfiéis nunca, no os desesperéis nunca, aunque hayáis hecho la tontería más grande. No hay más que hablar, arrepentirse, dejarse llevar de la mano, y todo se arregla»[4].

Es algo que podemos aprender del evangelio de hoy: por grandes que sean nuestras ofensas, mayor es siempre la misericordia de Dios. Todo tiene remedio si volvemos al Señor y abrimos el corazón a la gracia para que Cristo pueda sanar nuestras heridas. «El miedo y la vergüenza, que no nos dejan ser sinceros, son los enemigos más grandes de la perseverancia. Somos de barro; pero, si hablamos, el barro adquiere la fortaleza del bronce»[5]. Esa fuerza es la que alcanzó la humildad de san Pedro, roca de la Iglesia; y es la que le pedimos a Jesús a través de María, su madre, y también madre nuestra.

JUEVES SANTO

«LA VÍSPERA de la fiesta de Pascua, como Jesús sabía que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Jn 13,1). «Algo grande ocurrirá en ese día. Es un preámbulo tiernamente afectuoso (...). Comencemos –nos sugiere san Josemaría– por pedir desde ahora al Espíritu Santo que nos prepare, para entender cada expresión y cada gesto de Jesucristo»[1]. Esta actitud atenta hace que hoy recordemos el elocuente gesto que tuvo Jesús lavando los pies a sus apóstoles.

En la Última Cena, en la inminencia de la Pasión, la atmósfera era de amor, de intimidad, de recogimiento. «Como Jesús sabía que todo lo había puesto el Padre en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía, se levantó de la cena, se quitó la túnica, tomó una toalla y se la puso a la cintura. Después echó agua en una jofaina, y empezó a lavarles los pies a los discípulos y a secarlos con la toalla que se había puesto a la cintura» (Jn 12,3-5). Para los apóstoles debió de ser muy impactante ver a Jesús realizar este gesto que estaba reservado al siervo del lugar. Seguramente lo habrán comprendido pasado el tiempo. Incluso hoy a nosotros nos puede resultar sorprendente imaginar a Dios en esa posición, limpiando con sus manos el polvo del camino.

Dejarnos lavar los pies por Cristo implica reconocer que no somos nosotros los que nos hacemos puros, limpios, o santos. «Y esto es difícil de entender. Si no dejo que el Señor sea mi siervo, que el Señor me lave, me haga crecer, me perdone, no entraré en el Reino de los Cielos (...). Dios nos salvó sirviéndonos. Normalmente pensamos que somos nosotros los que servimos a Dios. No, es Él quien nos sirvió gratuitamente, porque nos amó primero. Es difícil amar sin ser amados, y es aún más difícil servir si no dejamos que Dios nos sirva»[2]. Esta es la paradoja cristiana: es Dios quien se adelanta; es Él quien toma la iniciativa. Por eso es tan importante, antes de emprender cualquier tarea apostólica, aprender a recibir lo que Dios nos quiere dar, aprender a dejarnos limpiar una y otra vez por su mano.

SI NUNCA dejaremos de sorprendernos de aquel gesto de Jesús lavando los pies a sus apóstoles, su amor y su humildad tocan alturas infinitas cuando, durante la cena, «tomó pan, y dando gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en conmemoración mía”. Y de la misma manera, después de cenar, tomó el cáliz, diciendo: “Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; cuantas veces lo bebáis, hacedlo en conmemoración mía”» (1 Cor 11,23-25).

El Señor «instituyó este sacramento como memorial perpetuo de su pasión, como realización de las antiguas figuras, como el mayor milagro que había hecho y el mayor consuelo para aquellos que dejaría tristes con su ausencia»[3]. Se nos da Él mismo: convertido en pan y en vino para nosotros, es, a la vez, una muestra de sobreabundancia de amor y la mayor

expresión que cabe de humildad. El Sacramento Eucarístico nos permite la identificación con el amado, ser una misma cosa, fundirnos, compenetrarnos con Dios. San Josemaría señalaba que «nuestro Señor Jesucristo, como si aún no fueran suficientes todas las otras pruebas de su misericordia, instituye la Eucaristía para que podamos tenerle siempre cerca y –en lo que nos es posible entender– porque, movido por su amor, quien no necesita nada, no quiere prescindir de nosotros. La Trinidad se ha enamorado del hombre»[4].

No salimos de nuestro asombro. Por mucho que nos imaginemos todo lo que Dios Padre nos ha regalado, nunca acertaremos a comprenderlo: «Es medicina de inmortalidad, antídoto para no morir, remedio para vivir en Jesucristo para siempre»[5]. No merecemos tanto cuidado, tanto cariño, tanta atención. Tratamos de corresponder, pero incluso para hacerlo necesitamos su ayuda. Por eso, «lo primero no es nuestro obrar, nuestra capacidad moral. El cristianismo es ante todo don: Dios se da a nosotros; no da algo, se da a sí mismo (...). Por eso, el acto central del ser cristianos es la Eucaristía: la gratitud por haber recibido sus dones, la alegría por la vida nueva que Él nos da»[6].

EN LAS PALABRAS del sacerdote antes de la consagración –«dando gracias, te bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo...»– percibimos la disposición agradecida del corazón de Jesús de frente a Dios Padre. Nosotros queremos tener la misma actitud de Cristo en esta víspera santa. Del agradecimiento es fácil que brote la generosidad para extender esa vida nueva que hemos recibido. Trataremos de amar a los que Él ama y como Él los ama: «Un mandamiento

nuevo os doy: que os améis unos a otros. Como yo os he amado, amaos también unos a otros» (Jn 13,34). Por Cristo, con Él y en Él, somos capaces de amar hasta el extremo. Como Jesús, nos arrodillamos ante los hombres para limpiarles los pies. Comprendemos sus miserias y las cargamos sobre nuestros hombros. Desaparecen los juicios, las envidias y comparaciones, que se transforman en intercesión, alegría y agradecimiento a Dios por las maravillas que hace en los demás. «En la santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo»[7]. De ahí sacamos fuerza y vida para llevarla hasta el último rincón de la tierra, hasta el corazón de cada persona que nos rodea.

Podemos aprovechar este día en que Dios regaló a su Iglesia este sacramento para rezar también por la santidad de los sacerdotes, para que sirvan cada día a la Iglesia con el mismo amor del Señor. Con nuestra oración podemos ayudarles a hacer realidad este deseo que les mueve como sacerdotes: «No elegimos nosotros qué hacer, sino que somos servidores de Cristo en la Iglesia y trabajamos como la Iglesia nos dice, donde la Iglesia nos llama, y tratamos de ser precisamente así: servidores que no hacen su voluntad, sino la voluntad del Señor. En la Iglesia somos realmente embajadores de Cristo y servidores del Evangelio»[8].

Entre tanto don que recordamos hoy, sabemos que Jesús nos ha dado también a su Madre. A ella, testigo principal del sacrificio de Cristo, podemos acudir para, con su ayuda, tener una vida animada por el agradecimiento humilde de tantos dones recibidos.

VIERNES SANTO

«DIOS MÍO, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt 27,46). «Jesús experimentó el abandono total, la situación más ajena a Él, para ser solidario con nosotros en todo. Lo hizo por mí, por ti, por todos nosotros, lo ha hecho para decirnos: “No temas, no estás solo. Experimenté toda tu desolación para estar siempre a tu lado”»[1]. A Cristo, sobre todo, le aflige el sufrimiento que, fruto del pecado, experimentamos los hombres y mujeres de todas las épocas: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos» (Lc 23,28).

No hay dolor que haga desistir a Cristo de su propósito de salvarnos. «Sus brazos clavados se abren para cada ser humano y nos invitan a acercarnos a Él con la seguridad de que nos va a acoger y estrechar en un abrazo de infinita ternura»[2]. La liturgia del Viernes Santo arranca con el sacerdote postrado en tierra. Es la postura en la que se encontraba Jesús en el Huerto de los Olivos. Se le venían encima todos los pecados de los hombres, todos sus dolores y su soledad, los nuestros también, así que se dirige a Dios Padre para conseguir de Él la fuerza para afrontar ese paso decisivo.

Jesús ha venido a la tierra para reparar el mal que nos hemos infligido a nosotros mismos y a los demás. Quiere devolvernos

la libertad y la alegría. Su ilusión por nosotros no conoce límites, así que su «yugo es suave y su carga ligera» (Mt 11,30). Nuestros pecados no tienen la última palabra si dejamos hablar a Jesús, si le dejamos decir que nos ama y que no nos reprocha tanto sufrimiento. Hoy recordamos que «Jesús ha caído para que nosotros nos levantemos: una vez y siempre»[3].

UNO DE LOS MOTIVOS del pecado es percibir, falsamente, que la voluntad de Dios es un riesgo para nuestra libertad. Le sucedió, por ejemplo, a Adán, nuestro primer padre. Sin embargo, la voluntad de Dios es que seamos felices, que nos dejemos querer por Él. «Únicamente somos libres si estamos en nuestra verdad, si estamos unidos a Dios. Entonces nos hacemos verdaderamente “como Dios”, no oponiéndonos a Dios, no desentendiéndonos de Él o negándolo. En el forcejeo de la oración en el Monte de los Olivos, Jesús ha deshecho la falsa contradicción entre obediencia y libertad, y abierto el camino hacia la libertad. Oremos al Señor para que nos adentre en este “sí” a la voluntad de Dios, haciéndonos verdaderamente libres»[4].

¡Cuánto queremos agradecer al Señor su sacrificio, voluntariamente aceptado, para librarnos de la muerte! Jesucristo entra en agonía y llega a derramar sudor de sangre; pero la confianza en su Padre no desfallece, hace oración una y otra vez. «Se acerca a nosotros, que dormimos: levantaos, orad –nos repite–, para que no caigáis en la tentación»[5]. Horas después, la furia de los pecados de la humanidad entera descarga sus golpes sobre el cuerpo inocente de Jesucristo. La ingratitud de nuestros corazones rodea al Señor

en su soledad. «Tú y yo no podemos hablar. –No hacen falta palabras. –Míralo, míralo... despacio»[6].

«A veces nos parece que Dios no responde al mal, que permanece en silencio. En realidad Dios ha hablado, ha respondido, y su respuesta es la Cruz de Cristo: una palabra que es amor, misericordia, perdón. Y también juicio: Dios nos juzga amándonos. Recordemos esto: Dios nos juzga amándonos. Si acojo su amor estoy salvado, si lo rechazo me condeno, no por Él, sino por mí mismo, porque Dios no condena, Él sólo ama y salva»[7].

LAS LLAGAS del Señor, por las que fluyó a raudales su sangre preciosísima, serán refugio sereno para nuestras heridas. En las llagas de Cristo estamos más seguros. Empapados en su sangre redentora, embriagados de Dios, nada hemos de temer. «Al admirar y al amar de veras la Humanidad Santísima de Jesús, descubriremos una a una sus llagas (...). Necesitaremos meternos dentro de cada una de aquellas santísimas heridas: para purificarnos, para gozarnos con esa sangre redentora, para fortalecernos. Acudiremos como las palomas que, al decir de la Escritura, se cobijan en los agujeros de las rocas a la hora de la tempestad. Nos ocultamos en ese refugio, para hallar la intimidad de Cristo»[8].

Y en esa contemplación, es fácil saborear la recia ternura con que canta hoy la Iglesia: «Dulce leño, dulces clavos, que sostienen tan dulce peso»[9]. Es «el signo luminoso del amor, más aún, de la inmensidad del amor de Dios, de aquello que

jamás habríamos podido pedir, imaginar o esperar: Dios se ha inclinado sobre nosotros, se ha abajado hasta llegar al rincón más oscuro de nuestra vida para tendernos la mano y alzarnos hacia Él, para llevarnos hasta Él»[10]. Esta es la verdad del Viernes Santo: en la cruz, Cristo, nuestro redentor, nos devolvió la dignidad que nos pertenece. Se afianzan nuestros deseos de clavarnos en la cruz gustosamente, de asociarnos a su redención, haciendo que nuestra debilidad sea lavada con la sangre que brota del cuerpo de Jesús.

Al terminar este rato de oración, nuestra mirada se dirige al pie de la cruz, donde se halla la madre dolorosa acompañada de unas cuantas mujeres y de un adolescente. Quienes han pasado por ese trance saben que no hay dolor comparable. Cristo, en aquellos momentos, la necesitaba junto a Él y nosotros la necesitamos todavía más.

SÁBADO SANTO

PUEDE SUCEDERNOS que el Sábado Santo sea «el día del Triduo pascual que más descuidamos, ansiosos por pasar de la cruz del viernes al aleluya del domingo»[1]. Para que esto no nos ocurra, podemos fijarnos en las mujeres que acompañaron a la Virgen en todo momento. «Para ellas, como para nosotros, era la hora más oscura. Pero en esta situación las mujeres no se quedaron paralizadas, no cedieron a las fuerzas oscuras de la lamentación y del remordimiento, no se encerraron en el pesimismo, no huyeron de la realidad. Realizaron algo sencillo y extraordinario: prepararon en sus casas los perfumes para el cuerpo de Jesús. (...) Sin saberlo, esas mujeres preparaban en la oscuridad de aquel sábado el amanecer del “primer día de la semana”, día que cambiaría la historia»[2].

Jesucristo yace hoy en el sepulcro. Manos amigas lo han colocado con cariño en aquel lugar, propiedad de José de Arimatea, cercano al Calvario. ¿Dónde están los apóstoles? Nada nos dicen los evangelios, pero tal vez al atardecer de aquel sábado fueron llegando uno a uno hasta el Cenáculo, donde días atrás se habían congregado con el Maestro. ¡Cuánto desánimo en sus conversaciones! Habían traicionado a Jesús. Hasta tal punto debió de llegar el desaliento que no

faltó tal vez la idea de abandonarlo todo y volver a las cosas de antes, como si los últimos tres años hubieran sido tan solo un sueño. Sin embargo, «en el silencio que envuelve el Sábado Santo, embargados por el amor ilimitado de Dios, vivimos en la espera del alba del tercer día, el alba del triunfo del amor de Dios, el alba de la luz que permite a los ojos del corazón ver de modo nuevo la vida, las dificultades, el sufrimiento.

La esperanza ilumina nuestros fracasos, nuestras desilusiones, nuestras amarguras, que parecen marcar el desplome de todo»[3].

HAY ALGO diferente en las santas mujeres: han sido fieles hasta el último momento. Observaron atentamente cómo quedaba todo para, después del reposo del sábado, poder volver y terminar de embalsamar a Jesús. Es explicable el desaliento de unos y otros: todavía no eran testigos, ni los apóstoles ni ellas, de la resurrección de Cristo. A pesar de todo, no quieren dejar de prestar ese servicio. Su cariño es más fuerte que la muerte. Por otro lado, también nos gustaría ser tan valientes como José de Arimatea y como Nicodemo, que «en la hora de la soledad, del abandono total y del desprecio... entonces dan la cara (...). Yo subiré con ellos –decía san Josemaría– al pie de la Cruz, me apretaré al Cuerpo frío, cadáver de Cristo, con el fuego de mi amor... lo desclavaré con mis desagravios y mortificaciones... lo envolveré con el lienzo nuevo de mi vida limpia, y lo enterraré en mi pecho de roca viva, de donde nadie me lo podrá arrancar»[4]. Cuando casi nadie espera nada de Cristo, todos estos personajes de la Escritura no se encogen de hombros. No tienen nada que ganar, pueden perderlo todo, pero igualmente quieren ofrecer a Jesús su cariño.

Por otro lado, el Sábado Santo no pudo ser para la Virgen un día triste, aunque sí doloroso. La fe, la esperanza, y el amor más tierno por su divino Hijo le darían paz, le harían aguardar con un ansia serena la resurrección. Recordaría, entre tanto, las últimas palabras de Jesús: «Mujer, aquí tienes a tu hijo» (Jn 19,26); empezaría ya a ejercer su maternidad con aquellos hombres y aquellas mujeres que habían seguido a Cristo desde los primeros tiempos. María trataría de reanimar la fe y la esperanza de los apóstoles, recordándoles las palabras que poco tiempo atrás habían oído de labios del Señor: «Se burlarán de Él, le escupirán, lo azotarán y lo matarán, pero después de tres días resucitará» (Mc 10,34). Bien claro había hablado el Señor para que, cuando llegasen los momentos de dificultad, supiesen agarrarse con fe a su palabra. Junto al recuerdo doloroso de los sufrimientos padecidos por Jesucristo, un alivio grande se apoderaría de su corazón de Madre al pensar que ya había pasado todo: «Se ha cumplido la obra de nuestra Redención. Ya somos hijos de Dios, porque Jesús ha muerto por nosotros y su muerte nos ha rescatado»[5].

JUNTO A LA VIRGEN, a la luz de su esperanza, se encenderían los corazones de cada uno. «¿Y si todo aquello fuese cierto?», pensaban, quizás, los apóstoles. «¿Y si de verdad resucitase Jesucristo, como había prometido?». Como en otros tiempos habían estado todos juntos alrededor del Hijo, ahora les gustaría estar cerca de la Madre. Seguramente María envió a unos y otros a buscar a los que quizá no habían aparecido al principio. Es posible que Ella esperara encontrar a Tomás para consolar su corazón atemorizado. En el momento de la prueba supieron acudir a María, y «con Ella, ¡qué fácil!»[6].

Queremos apoyar nuestra fe en la suya: sobre todo cuando las cosas cuestan, cuando llegan las dificultades y los momentos de oscuridad. San Bernardo lo tenía bien experimentado: «Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas en los escollos de las tribulaciones, mira a la Estrella, llama a María»[7]. Dios quiere que Ella sea para nosotros abogada, madre, camino seguro para encontrar otra vez la luz en los momentos de oscuridad.

Quien acude a la poderosa intercesión de santa María sabe que jamás se ha oído decir que, quienes en la Virgen confiaron, hayan quedado desamparados, por más que el momento fuese duro y grande la confusión de su alma. Podemos decirle a Jesús: «A pesar de la tristeza que podamos albergar, sentiremos que debemos esperar, porque contigo la cruz florece en resurrección, porque tú estás con nosotros en la oscuridad de nuestras noches, eres certeza en nuestras incertidumbres, palabra en nuestros silencios, y nada podrá nunca robarnos el amor que nos tienes»[8]. Junto a María, madre de la esperanza, volverá a crecer nuestra fe en los méritos de su hijo Jesús.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

AMANECE en Jerusalén. La oscuridad llenaba todo hasta que el sol empezó a iluminar las murallas, el Templo, las torres de la fortaleza... María Magdalena y otras mujeres caminan hacia el noroeste de la ciudad, hacia donde está el Calvario. Las calles están vacías. Ellas tienen la impresión de que la muerte de Jesús ha oscurecido la tierra para siempre: el sol ya no brillará como cuando su maestro estaba con ellas. Sin embargo, no les importa la falta de luz, ni la guardia apostada allí por el sanedrín, ni que Cristo lleve ya tres días muerto. No saben quién les quitará la piedra que cierra el sepulcro, pero no están dispuestas a quedarse en casa. Vuelven a pasar por los lugares por los que caminó Jesús; sus corazones se estremecen de nuevo, pero no ceden ante el miedo.

«A mí me conmueve la fe de estas mujeres –decía san Josemaría–, y me trae a la memoria tantas cosas buenas de mi madre, como vosotros recordaréis también muchos detalles estupendos de la vuestra (...). Aquellas mujeres sabían de los soldados, sabían que el sepulcro estaba completamente cerrado: pero gastan su dinero, y al punto de la mañana van a ungir el cuerpo del Señor (...). ¡Hace falta ser valientes! (...). Cuando llegaron al sepulcro, repararon que la piedra estaba apartada. Esto pasa siempre. Cuando nos decidimos a hacer lo que tenemos que hacer, las dificultades se superan fácilmente».

Les pedimos a ellas ese amor a Jesús, más fuerte que el tremendo sufrimiento de la Pasión. En el corazón de aquellas mujeres, la hoguera que encendió el mismo Cristo no se había apagado del todo. Han madrugado y no ha sido en vano. Dios no puede resistirse a un amor así y les entrega la mejor noticia, la página definitiva en la que tienen cumplimiento todas las profecías: «“He resucitado y ahora estoy siempre contigo”, dice a cada uno de nosotros. Mi mano te sostiene. Donde quiera que tú caigas, caerás en mis manos. Estoy presente incluso a las puertas de la muerte. Donde nadie ya no puede acompañarte y donde tú no puedes llevar nada, allí te espero yo y para ti transformo las tinieblas en luz».

CORREN ALEGRES, aunque todavía un poco confusas, hasta el Cenáculo para anunciar a los apóstoles lo que han visto. A ellos les parece una locura lo que escuchan de labios de estas mujeres que llegan jadeantes por la carrera. Sus palabras están mezcladas con lágrimas y manifestaciones de alegría por la tensión del momento. Pedro y Juan quieren conocer todo lo referente a su maestro, aunque quizá no estén convencidos de lo que escuchan, así que salen a la carrera: «Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó antes al sepulcro» (Jn 12,4). Nosotros queremos correr con ellos y ganar incluso a Juan. ¿Y si fuera verdad lo que dicen las mujeres? ¿Y si Jesús ha cumplido lo que había prometido? Al cruzar las calles, mientras el día se abre paso, va creciendo la esperanza en los corazones de estos dos apóstoles.

Podemos fijar nuestra mirada, por un momento, en san Pedro, que «no se quedó sentado a pensar, no se encerró en

casa como los demás. No se dejó atrapar por la densa atmósfera de aquellos días, ni dominar por sus dudas; no se dejó hundir por los remordimientos, el miedo y las continuas habladurías que no llevan a nada. Buscó a Jesús, no a sí mismo. (...). Este fue el comienzo de la “resurrección” de Pedro, la resurrección de su corazón. Sin ceder a la tristeza o a la oscuridad, se abrió a la voz de la esperanza: dejó que la luz de Dios entrara en su corazón sin apagarla».

Aunque, como Pedro, alguna vez hayamos negado a Jesús, también como Pedro queremos volver a estar cerca de Él: «Es el momento de renovarse, hijos míos –decía san Josemaría–; la santidad es esto: cada día renacer, cada día recomenzar. No os preocupen vuestros errores, si tenéis la buena voluntad de empezar de nuevo (...). Esos obstáculos que surgen en tu carrera, ponlos a los pies de Jesucristo, para que Él quede bien alto, para que triunfe: y tú, con Él. No te preocupes nunca, rectificas, vuelves a empezar, prueba una y otra vez, que al final, si tú no puedes, el Señor te ayudará a saltar el parapeto; el parapeto de la santidad. Este es también un modo de renovarse, es un modo de vencerse: cada día una resurrección, que sea la seguridad de que llegamos al fin de nuestro camino, que es el amor».

MARÍA, la madre de Jesús, no ha ido esta mañana al sepulcro. Se ha quedado en casa y quizá sonrío por dentro. Nadie, salvo ella, ha logrado aceptar realmente el plan de Dios Padre; los demás «no entendían aún la Escritura según la cual era preciso que resucitara de entre los muertos» (Jn 12,10). María estaba acostumbrada a guardar las palabras de Jesús en su corazón: desde aquel viernes de dolor, ella había tratado de

concentrarse en las maravillas que Jesús había dicho y hecho. Vendrían posiblemente a su corazón aquellas palabras misteriosas hablando de la resurrección al tercer día. A ella, ya nada de su Hijo le sorprendía.

Para nosotros, a más de dos mil años de los sucesos que estamos contemplando, el Viernes Santo y la Resurrección de Jesús siguen dando fuerza y sentido a nuestra vida. Por eso, «las cosas todas de la tierra tienen la importancia que les queramos dar. Todo lo que pase aquí abajo, si estamos endiosados, no nos turbará. Cuando, a causa de nuestra flaqueza y de nuestros errores, damos categoría a esas pequeñeces y sufrimos, es porque queremos. Pegados al Señor, estamos seguros. Unidos a la Cruz de Cristo, a la gloria de la Resurrección y al fuego de Pentecostés, todo se supera».

A san Josemaría le gustaba saberse muy cerca de la Virgen, especialmente durante la alegría pascual, «siempre seguros en la victoria de la Resurrección»[6]. Al rezar el Regina Coeli podremos arrancar muchas sonrisas de nuestra Madre, santamente orgullosa de sus hijos recién nacidos, renovados por la Pascua. «Gózate, Virgen María», le diremos, con la ilusión de unirnos a ese gozo, sabiendo que Jesús se ha quedado con nosotros para siempre.

PARA REZAR

youth
OPUS DEI

¡ENTRA EN LA WEB DE YOUTH Y
APROVECHA TODOS LOS RECURSOS!



PARA REZAR

1 ACCIÓN DE GRACIAS

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

Consulado de Honduras, 4 Junio 1937

Ciérrense los ojos de nuestro cuerpo, ábranse los de nuestra alma; tengan paz nuestros oídos y pongámonos a escuchar la voz de nuestro Jesús.

Hablémosle en confidencia amorosa, como amigos íntimos, como hermanos, como hijos. ¡Jesús: verte, hablarte!

¡Permanecer así, contemplándote, abismado en la inmensidad de tu hermosura y no cesar nunca, nunca, en esa contemplación!

¡Oh, Cristo, quién te viera! ¡Quién te viera para quedar herido de amor a Ti y, embriagado y sustentado de este amor, desentenderse completamente de las cosas mundanas!

¡Cristo, quién te viera! ¡Quién te viera y quedase amorosamente hundido en tu seno, amándote sin cesar y siendo amado de Ti, y reviviese el encanto de aquella vieja leyenda del monje que pasó los siglos -siglos que no fueron sino un momento - arrobado, en la presencia de tu infinita hermosura! (...).

Tres siglos del mundo, largos, llenos de devastación, de ruido, de agitación, no eran sino un momento ante la eternidad de Dios. ¡Jesús: verte, hablarte, amarte y sentirse amado de Ti! ¡Olvidarse de las ataduras de este mundo, librarse de su yugo y dejarte la plena posesión de nuestro corazón, abierto para Ti y sólo para Ti!

Tú sabes, Señor, que te amo. Sí -te lo confieso como Pedro-, Tú sabes que, a pesar de mi miseria, te amo, y que en medio de mis locuras no he dejado de amarte. Pues multiplica Tú, con tu poder y tu piedad, este amor hasta que no tenga límite ni medida. Hiere el corazón de este pobre y los de todos mis hijos, y aplícales tu cauterio para que nunca más deseen gustar de las cosas mundanas. Envuélvenos en las llamas de tu amor, y que nos consuman y nos curen y nos purifiquen.

Dios mío, que seamos ya tuyos, tuyos solamente, y no nos sintamos atraídos por los goces y afectos de aquí abajo. ¡Oh, Jesús, si en este día en que celebramos la fiesta de tu Sagrado Corazón quisieses encerrarnos en Él para no salir nunca más! (...)

¡Tu cauterio, Jesús nuestro, sobre nuestro corazón, para que sólo a Ti aspire, para que desprecie los miserables entretenimientos de aquí abajo! Yo quiero verme ahora, Dios mío, junto a la herida de tu pecho; y pensar en todos mis hijos, en todos los que ahora son miembros vivos de este Cuerpo vivo de tu Obra. Nombrándolos, consideraré sus cualidades, sus virtudes, sus defectos, y luego te suplicaré, empujándolos hacia Ti, uno a uno:

“¡Adentro!”. Los meteré dentro de Tu Corazón. Así quiero hacer con cada uno y con todos, hasta el fin del mundo, a formar parte de esta familia sobrenatural. Todos, unidos en el Corazón de Cristo, todos hechos uno por amor a Él y todos desprendidos de las cosas de la tierra por la fuerza de este amor acompañado de la mortificación. Queremos ser como los primeros cristianos; vamos a revivir su espíritu en el mundo.

Empecemos, pues, por hacer real dentro de la Obra aquella afirmación: congregavit nos in unum Christi amor. ¡Pon tu cauterio, Jesús nuestro, en nosotros, por doloroso que sea! Porque Tú sabes, Señor, que nuestros corazones son de carne, abiertos por muchas brechas al asalto del enemigo.

¡Ah, si yo pudiera guardar dentro del mío los corazones de todos mis hijos! No es porque no quepan en él, que Tú, Señor, lo has agrandado; pero, ¿para qué guardarlos, si mi corazón es tan débil, si los muros que lo defienden ostentan tantas fisuras? Pero si puedo pedirte, Dios mío, que Tú los guardes; que, poseídos de tu amor, sean fuertes contra la seducción de las cosas sensuales. Coloquemos este amor a Ti muy por encima de los placeres engañosos de la tierra. Madre mía, en ti confié, en ti espero; intercede por mí para que - por tus ruegos- me conceda el Señor lo que le suplico.

PARA REZAR

2 ACCIÓN DE GRACIAS

BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO

Suecia, 1989

De rodillas ante ti, Señor, somos ahora especialmente un templo en el que Tú habitas. Hay muchos sagrarios en este instante en el oratorio: el tabernáculo, fabricado con amor, pero solamente con metales, y este otro sagrario creado directamente por ti, que somos cada uno de nosotros.

Hijo mío, Dios está dentro de ti. El mismo que nació de Santa María Virgen y que vivió durante treinta años en esta tierra, por la que pasó haciendo el bien -pertransiit benefaciendo-, y que después murió para abrirnos las puertas del Cielo. Acabamos de celebrar tu Muerte y tu Resurrección sobre el altar, y Tú, Dios mío, Verbo encarnado, has repetido el milagro. Has venido a la tierra con tu Cuerpo, con tu Sangre, con tu Alma y con tu Divinidad. Este altar se ha convertido en sede sobre la que te sientas para reinar en el mundo, y después te nos has dado como alimento y te has quedado entre nosotros. Dios mío, ¡cuál habrá sido el efecto de tu presencia en mi alma! ¡Cómo habrás dejado de resplandeciente el alma mía, que tiende hacia abajo pero que Tú quieres llevar hacia arriba! ¡Qué maravilla!

En este momento -a nuestro Padre le gustaba considerarlo -, cada uno de nosotros lleva en el centro de su corazón a Jesús, el Verbo de Dios encarnado, y con El al Padre y al Espíritu Santo. Con la Santísima Trinidad, hijo mío, alrededor de tu alma

gira toda la corte celestial alabando a Dios: hosanna in excelsis Deo!

Hosanna in corpore meo! Dios mío, ¿cómo podré pagarte tanto beneficio? Que te hayas fijado en mí y me hayas dicho: meus es tu, sequere me! ¡Tú eres mío, sígueme! Desde entonces, ¡cuántas gracias, Señor! Muchas veces no hemos sabido aprovecharlas. Yo no las he aprovechado bien, pero Tú me sigues queriendo, me sigues perdonando, me sigues buscando y te me sigues dando todos los días como alimento para que sea capaz, con tu gracia, de recorrer los caminos de la tierra como Tú, haciendo el bien.

Tantas veces, en lugar de hacer el bien, pierdo el tiempo. ¡Qué vergüenza, Dios mío, perdóname! Te pido que de ahora en adelante empiece una nueva vida, que sea realmente eficaz en mi alma la recepción de este Pan de vida. Pienso en aquel pan del que nos habla el Antiguo Testamento, subcinericius panis, aquel pan cocido bajo las cenizas, que dio fuerza y vigor al profeta Elías para caminar durante cuarenta días y cuarenta noches. Nosotros hemos recibido el Pan de los Ángeles, y tenemos fuerza para recorrer toda la vida con tu gracia. Tendremos que seguir acudiendo con frecuencia también a tu perdón, Dios mío, y te lo pedimos desde ahora, pues queremos ser fieles. Perdónanos nuestras infidelidades. Ayúdanos a poner cada día más tesón, más fuerza, más deseos de lucha. Y todo por amor.

Hijos míos, haced propósitos firmes de querer ser apóstoles de Jesucristo. Pero un apóstol de Jesús tiene que estar muy

unido a Él. Le buscaremos en el trabajo profesional y en las circunstancias ordinarias de nuestra jornada; iremos tras Él como un enamorado tras la persona que ama, con piropos, con requiebros, con deseos de recibirle.

Señor, no te separes nunca de mí, que yo no quiero perderte. Se lo pido a mi Madre del Cielo. Ella, que fue semper fidelis, me concederá la gracia de la fidelidad. Madre mía, haz que yo viva de amor, que sea fiel en lo poco y en lo mucho, en lo grande y en lo pequeño. Señor, te pido que nunca me canse de recomenzar. A base de empezar una y otra vez, con tu gracia, me harás humilde. Señor, me entrego a ti. Tú te has entregado a mí, y es justo que corresponda. Aquí me tienes. Te entrego todas mis potencias: mi memoria, mi entendimiento, mi voluntad, mi haber y mi poseer, todo es tuyo. Gobiérname Tú, que así saldré ganando. Haz, Señor, que se bueno y que sea fiel.

PARA REZAR

3 ACCIÓN DE GRACIAS

DON JAVIER ECHEVARRÍA
Lituania, Noviembre 1994

¡Cuánto te necesitamos, Señor, cuánto te necesitamos! Querríamos, como tantas veces suplicó nuestro Padre, ser enteramente tuyos y hablar exclusivamente de ti, vivir contigo y dar tu vida a los demás. Al agradecerte el inmenso beneficio de tenerte en nuestro cuerpo, nos damos cuenta de nuestra personal pequeñez. Dios mío, ¿cómo puedo pagarte que Tú, siendo el Ser que no cabe en los Cielos y en la tierra, vengas a refugiarte en mi pobre alma, que no vale nada, que, como le gustaba decir a don Álvaro, es menos que nada, pues es capaz de hacer el mal?

Dios mío, estando Tú dentro de nosotros con tu presencia real, ilumínanos para que nunca queramos hacer el mal y, en cambio, obremos siempre contigo, de tu mano. Ayudados por ti, transfórmanos, Señor. Haz que seamos otros Cristos, el mismo Cristo, como te pedía nuestro Padre, con todo lo que esto significa: amarte totalmente, venciendo la resistencia de la naturaleza caída.

Jesús, gracias porque nos quieres; gracias porque nos comprendes; gracias porque no nos rechazas; gracias porque todos los días vienes a nosotros como el mayor amante que puede haber, en los Cielos y en la tierra. Es necesario que cada día nosotros te demos gracias con esta misma fuerza. Dios mío,

aprovechándonos de que Tú estás dentro de nosotros, que te digamos: Jesús, quiero corresponderte con la infinitud de tu amor, en el que quede absorbido mi pobre amor y así ofrecerte algo digno de ti.

Te damos también gracias porque quieres obrar a través de nosotros. Te pedimos que todas las personas del Opus Dei, de todos los tiempos, transformemos nuestros días en una continua acción de gracias, por la bondad misteriosa e infinita de tu presencia real en la Eucaristía. Madre mía, te pido para mí, para todas mis hijas, para todos mis hijos, para todos los hombres y para todas las mujeres de todos los tiempos: Madre mía, que cuidemos a Jesús con nuestra vida entera.

Examen de conciencia

En relación con Dios

¿Sólo me dirijo a Dios en la necesidad?

¿Hago con desgana las cosas que se refieren a Dios? ¿Rezo con frecuencia y atención? ¿Agradezco a Dios tantas cosas buenas que me ha dado?

¿Me he acercado indignamente a recibir algún sacramento?

¿He callado por vergüenza algún pecado mortal en confesiones anteriores?

¿Participo regularmente en la Misa los domingos y días de fiesta?

¿Comienzo y termino mi jornada con oración?

¿Pronuncio en vano el nombre de Dios?

¿Me he avergonzado de ser católica?

¿Qué hago para crecer espiritualmente?

En relación con el prójimo

¿Tengo envidia, y me molesto cuando a otros les salen las cosas bien o me alegro cuando les salen mal?

¿Me tomo en serio la amistad, o por el contrario me conformo con un trato superficial y frívolo? ¿Soy leal y sincera con mis amigos? ¿Rezo por ellos y perdono sus defectos?

¿Me preocupo de los pobres y enfermos?

¿Honro a mis padres?

¿He rechazado la vida recién concebida?

¿Perdono y olvido lo que me han hecho o soy un rencorosa?

En relación con uno mismo

¿Como, bebo, fumo o me divierto en exceso?

¿Me preocupo demasiado de mi salud física, de mis bienes?

¿Soy perezosa? ¿Estudio con orden e intensidad y cumplo con mis deberes de estudiante? ¿Procuro acabar bien el trabajo?

¿He dicho mentiras? ¿Pienso mal del prójimo y juzgo sin fundamento o sin necesidad?

¿Hablo mal de los demás: inventando falsedades sobre su comportamiento, revelando sin necesidad sus defectos graves o haciendo eco a chismes? ¿He reparado el daño que he causado con esas conversaciones?

PARA REZAR

¿He visto vídeos, programas, revistas o imágenes indecentes? ¿He asistido a fiestas, diversiones o espectáculos que fácilmente me incitaban a pecar?

¿He incitado a otros a hacer el mal?

¿Me quejo cuando no tengo lo que quiero o me falta alguna comodidad?

¿He malgastado el dinero por capricho, vanidad o envidia?

¿Pienso antes en Dios, en los demás o en mi misma?

¿Perdono y olvido lo que me han hecho o soy un rencorosa?

Para después de la confesión

DEL LIBRO “AHORA COMIENZO”

¡COMIENZA!

Ahora, que ya estás limpio, ¡comienza!

¡No habrás pensado –digo yo– permanecer siempre encerrado en ese desván! Abre tus ojos a la vida sobrenatural. Has dado un paso trascendental con la Confesión; pero ése es sólo el primero de los muchos que hay que dar.

Di al Señor, ahora que acabas de volver: ¡Ahora comienzo! Se lo tendremos que repetir mil veces. Y mil veces es un decir: ¡Mil veces cada año!, ¡qué menos! Cuando caigamos nos levantaremos y repetiremos en presencia de Dios: Ahora comienzo.

Pero siempre con música distinta: – Lo decimos con colores. – Lo decimos en verso. – Lo decimos en prosa. – Lo decimos cantando. – Musitando y a voces:

¡AHORA COMIENZO!

¡Nos importa un comino todo eso que está en el rincón, detrás de la puerta! ¡Que se lo lleven!

Nos interesa el camino que tenemos delante. Es colosal, impresionante, la aventura que se abre a nuestras posibilidades. Pero ¿quién ha dicho que no es para ti? ¡Claro que lo es! **¡No marches solo!**

“Si buscamos en el Nuevo Testamento la palabra cristianismo no la hallaremos. Pero encontraremos otra que tiene el mismo significado: camino. En los Hechos de los Apóstoles y en las Cartas de san Pedro se nos habla del Camino del Señor, de caminos de verdad, de caminos de justicia, de caminos de salvación. Así, camino viene a significar la senda que hemos de seguir los hombres conforme a la doctrina de Jesucristo.

¿Por dónde caminaremos? Hay caminos abiertos en la maleza que llevan a la paz, y hay veredas que terminan en la muerte. **Mientras hay vida –sólo la muerte deja las cosas sin remedio–, podemos escoger las sendas que queramos: la de la sensatez o la de la estupidez.** Esta última puede ser calzada ancha por la que es fácil andar pero que termina mal. Lo importante no es el piso de las carreteras, sino que nos conduzcan a la felicidad para siempre, ¡para siempre! Sobre nosotros pesa la responsabilidad de la elección.

¡No marches solo! **Hazlo con Dios**, como lo hacía el pueblo elegido, por el desierto hacia la Tierra Prometida. La tradición cristiana siempre ha visto en este andar por el desierto la figura de la marcha de la Iglesia y de las almas fieles hacia la eternidad. Con Dios vamos seguros. **Él cuida y combate por nosotros. Él nos sostiene** –dice la Escritura– «como un hombre sostiene a su hijo». En ningún momento nos deja solos. El Señor no nos trajo al mundo para abandonarnos después, mientras vamos dando tumbos por las cañadas. Dios cuenta con nuestras quejas, murmuraciones, inquietudes y desazones; pero, ¡hombre!, también cuenta con nuestra fidelidad. Él pone la fortaleza y nosotros, el esfuerzo en el caminar. Su ayuda es patente.

A pesar de los dolores, angustias y desventuras, no te entristezcas, cobra ánimo, llénate de alegría, pon tus ojos en el camino, agárrate a la mano de Dios y sigue adelante por el sendero.



03 TRAS LAS HUELLAS DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

TRAS LAS HUELLAS DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

COMIENZA
AQUI

LUGARES
Y SMP

RUTAS

ROME
PILGRIM
APP

TRAS LOS
PASOS DE SAN
JOSEMARÍA

UNIV
2026

ROMA
CRISTIANA



El mundo está lleno de gente normal con defectos normales y talentos normales y circunstancias normales. Cada una de estas personas tiene el potencial de transformar el mundo una vez que decide a dar el primer paso: salir de su zona de confort.

Los primeros cristianos, caminando por estas mismas calles de Roma, dieron ese primer paso viviendo su vocación cristiana en un mundo que aún no entendía el significado del cristianismo.

Ellos fueron los protagonistas del siglo I. Nosotros somos los protagonistas de hoy. ¿Qué podemos aprender si seguimos sus pasos?

“Por favor, no dejen que otros sean los protagonistas del cambio. Ustedes son los que tienen el futuro. Por ustedes entra el futuro en el mundo. A ustedes les pido que también sean protagonistas de este cambio. Sigán superando la apatía y ofreciendo una respuesta cristiana a las inquietudes sociales y políticas que se van planteando en diversas partes del mundo. Les pido que sean constructores del futuro, que se metan en el trabajo por un mundo mejor. Queridos jóvenes, por favor, no balconeen la vida, métanse en ella. Jesús no se quedó en el balcón, se metió; no balconeen la vida, métanse en ella como hizo Jesús” (Papa Francisco, Christus Vivit n. 174).



¡NO BALCONEEN LA VIDA, MÉTANSE EN ELLA COMO HIZO JESÚS!

LUGARES



- Plaza de San Pedro
- Basílica de San Pedro
- Museos Vaticanos
- Castel Sant'Angelo
- Basílica Santa Cruz de Jerusalén
- Basílica San Juan de Letrán
- Basílica Santa María la Mayor
- Santa Práxedes
- San Silvestre y Martín ai Monti
- San Pietro in Vincoli
- Esquilino
- Scala Santa
- Santa María in Aracoeli
- Plaza del Campidoglio
- Foro Romano
- Palatino
- Coliseo
- Cuatro Santos Coronados
- Piazza Navona
- San Luigi dei Francesi
- Pantheon
- Santa María sopra Minerva
- San Ignacio de Loyola
- Fontana di Trevi
- Basílica de los Santos Apóstoles
- Chiesa del Gesù
- Basílica de San Clemente Romano
- Basílica de San Juan y San Pablo
- Basílica San Nereo y Aquileo



SANTA MARÍA DE LA PAZ



GUÍA SANTA MARÍA DE LA PAZ

Santa María de la Paz es la iglesia prelatia del Opus Dei situada en Viale Bruno Buozzi 75. Aquí reposan los restos mortales de San Josemaría Escrivá. Millones de personas en todo el mundo acuden a la intercesión de este gran santo para obtener gracias de todo tipo. En esta iglesia no solo encontramos a San Josemaría, sino que entre sus muros también descubrimos su historia, su sentido del humor, sus sueños y de dónde sacaba su fuerza.

“Santa María es -así la invoca la Iglesia - la Reina de la paz. Por eso, cuando se alborota tu alma, el ambiente familiar o el profesional, la convivencia en la sociedad o entre los pueblos, no ceses de aclamarla con ese título: «Regina pacis, ora pro nobis!» -Reina de la paz, ¡ruega por nosotros! ¿Has probado, al menos, cuando pierdes la tranquilidad?... -Te sorprenderás de su inmediata eficacia”.

San Josemaría.

Conociendo Roma

¡Aprende más de los lugares que visitas con estas audioguías!





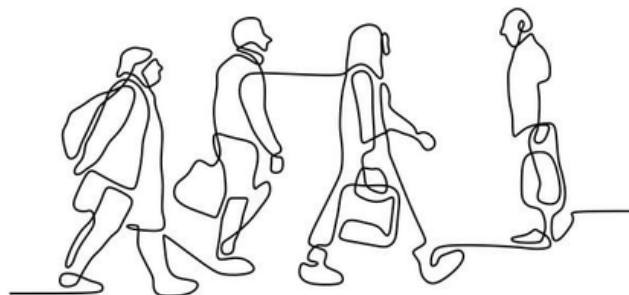
ROME PILGRIM

Unveil Rome's Spiritual Treasures



App Rome Pilgrim

Con información sobre sitios y
rutas de peregrinos
(inglés, francés, español, italiano):



TRAS SUS HUELLAS

ROMA CRISTIANA



¿CÓMO SE USA?

90

Vídeos breves

Cada mes añadimos 2-3 vídeos nuevos, avanzando cronológicamente, época tras época, hasta completar 90 vídeos, correspondientes a veinte siglos de historia.

12

Itinerarios

Explora la Ciudad eterna y su historia siguiendo itinerarios temáticos, como la vida de los primeros cristianos, los grandes evangelizadores o las casas de los santos en Roma. Iremos añadiendo otros itinerarios que te sorprenderán.

70

Lugares explicados

Los monumentos y lugares más importantes de Roma, explicados en pocos minutos, para estimular tu curiosidad por la fascinante historia cristiana de Roma.

Visita el sitio web

ROMA CRISTIANA ES UNA INICIATIVA DE LA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE LA SANTA CRUZ



Roma, tras los pasos de San Josemaría

“En verano, muchas personas tienen la oportunidad de peregrinar a Roma. Para un cristiano, que goza de la luz de la fe, Roma no es sólo una ciudad de gran interés artístico o histórico, sino mucho más: es su casa. Ofrecemos diversos artículos sobre la ciudad, con comentarios de San Josemaría.....”

Continúa leyendo con el hipervínculo en el título



UNIV INSPIRE

UNIVINSPIRE.ORG